

Egipto, en busca de la estabilidad perdida

Miguel Ángel Latouche*



AP

El país se mueve en un círculo vicioso en el cual los militares toman el poder, convocan elecciones, el gobierno civil es depuesto y se reinicia el ciclo

Desde los inicios de la República, el presidencialismo egipcio tuvo un carácter tutelar. El derrocamiento del Rey Farud, en 1952, abrió la puerta para que las fuerzas armadas controlasen el país y designaran cargos públicos. El país de los faraones ha puesto la estabilidad del sistema político en manos de hombres fuertes que han mantenido el control de la administración y organizado el Estado desde una visión corporativa que favorece los intereses estamentales de la jerarquía militar.

La permanencia en el ejercicio del gobierno y particularmente de la presidencia de la República estaba determinada, al menos hasta el año 2005, por la ascendencia, el liderazgo que se

tuviese en el sector castrense. Basta decir, por ejemplo, que Nasser permaneció en el poder desde 1954 hasta su muerte en 1970, lo mismo que Anwar el-Sadat quien se mantuvo en el poder desde 1970 hasta 1981. No otra cosa encontramos en el caso de Hosni Mubarak quien estuvo al frente de la primera magistratura a lo largo de treinta años, desde 1981 hasta el 2011.

Si bien es cierto que no podemos hablar de una dictadura continua a lo largo de la vida republicana de este país, no lo es menos que se trataba de un régimen de gobierno tutelado por las fuerzas armadas, en el cual el papel de la sociedad civil era relativamente reducido. Ciertamente, hablamos de un régimen de gobierno laico que logró mantener la estabilidad del país a lo largo de importantes crisis regionales.

Quizás uno de sus logros más sustantivos haya sido la reivindicación de los derechos de soberanía sobre el Canal de Suez, mejoras en la situación sanitaria del país e incrementos en la calidad de vida de la población, la constitución del Movimiento de los No Alineados, importantes obras de infraestructura como la represa de Asuán y, desde la perspectiva política logró mantener control de la situación socio-política y evitó, en medio de las presiones religiosas que caracterizan la política en la región, la proliferación del fundamentalismo religioso en el país.

Las primeras elecciones multipartidistas se realizaron en el 2005; en ellas el presidente Mubarak resultó vencedor en medio de importantes abusos en el ejercicio del poder que, según organizaciones defensoras de los derechos humanos y diversas organizaciones políticas, incluían la desaparición de miembros de la oposición política, tortura, represión, violación de derechos fundamentales. Además se consideró que Mubarak había utilizado los recursos del Estado y el poder del Gobierno para apuntalar su candidatura y mantenerse en la presidencia.

Hacia el año 2010 Egipto vivió una situación política convulsionada. A pesar de que el Partido Nacional Democrático (PND), el partido de gobierno, ganó ampliamente las elecciones par-

lamentarias, se empezaba a hacer notorio el agotamiento del Gobierno y la pérdida de apoyo en los sectores populares. Es interesante destacar el ventajismo que caracterizó la elección de 2010, la utilización del aparato policial para reprimir a la oposición, la ausencia de observadores electorales independientes, la coacción de los testigos electorales de la oposición en un número importante de centros electorales, la utilización de papeletas electorales previamente marcadas y la intimidación sistemática de la población.

Egipto llegó al filo de una encrucijada histórica en la cual se estaban produciendo cambios importantes en la construcción socio-política regional, sin una verdadera tradición democrática, sin haber construido las instituciones o los acuerdos morales necesarios para establecer las normas de convivencia que hacen posible la sostenibilidad de la democracia. El caso de Egipto hace patente que la existencia de elecciones formales no garantiza la continuidad del régimen democrático o su fortalecimiento. La exclusión de los Hermanos Musulmanes y de otros partidos minoritarios contribuyó a profundizar una crisis de legitimidad democrática que estaba gestándose en Egipto.

AUGE Y CAÍDA

La información fluye como el Nilo en todas las redes sociales. Se ha convocado la protesta. Los jóvenes exigen una apertura democrática que reconozca la diversidad de los actores que aspiran a participar en el proceso político egipcio. Es el 25 de enero del año 2011, el Día de la Ira, miles de jóvenes llenan las calles del Cairo gritando consignas en contra de Mubarak. Se trata de un movimiento de ciudadanos indignados que protestan en contra de la represión policial, la corrupción, la escasez, la inflación, las limitaciones a la libertad de expresión y de opinión. La aplicación de la Ley de emergencia de 1958, que permitía la supresión de las garantías constitucionales, y los excesos cometidos por las fuerzas policiales a su amparo, fueron, al parecer, excesivas. En lugar de replegarse a sus casas, el pueblo egipcio llenó las calles de manera permanente y militante durante dieciocho días, sorteando la presencia de tanques y de militares en las calles.

En realidad, uno podría decir que el gobierno de Mubarak cayó prácticamente por inercia, su debilidad sustantiva estaba asociada a su estructura interna, a la incapacidad para atender las necesidades del pueblo egipcio, a su dependencia de intereses foráneos, a la imposibilidad de encontrar un candidato lógico, y no simplemente un sucesor, para las elecciones de septiembre de 2011. Recuérdese que el PND había planteado la candidatura del hijo de Mubarak para el próximo periodo.

PRIMAVERA E INVIERNO

Sin duda el pueblo egipcio ha dado al mundo una muestra de valor cívico y de tesitura moral. Pero una cosa es resistir hasta el cansancio los embates de un gobierno tiránico que arremete con fuerza e intenta quebrarnos la espalda y otra es construir desde la nada y en un ambiente geopolítico tan complejo como el Medio Oriente las condiciones para la convivencia democrática. La experiencia libia y la iraquí demuestran que en algunos casos la construcción de un orden político que garantice la libertad y la seguridad de los ciudadanos al amparo de garantías constitucionales reales no resulta tarea fácil. No basta con definir los contenidos de un sistema constitucional o de trazar el diseño de instituciones republicanas. La ausencia de una tradición de gobiernos civiles, la cercanía de la cultura represiva o, simplemente, la ausencia de una voluntad pública capaz de convocar el esfuerzo civil necesario para que evolucione la cooperación, son también obstáculos a superar.

Librarse de un tirano es una condición necesaria pero insuficiente para el florecimiento, permítanme usar el término, de la democracia, sobre todo cuando existen tantos escollos en la construcción de una institucionalidad imparcial, capaz de funcionar de manera más o menos adecuada, sometida al estado de derecho, garantista, respetuosa de la disidencia, inclusiva. Allí donde las diferencias han estado sometidas a la opresión, no se han manifestado o han sido silenciadas a la fuerza, se hace difícil evitar que aparezcan viejas rencillas, o resentimientos latentes. No hay en Egipto un liderazgo fuerte como el que tenía Mandela en los tiempos de su liberación y posteriormente al frente del gobierno surafricano. No hay, desde la perspectiva cultural, una tradición republicana, no existen instituciones fuertes que le proporcionen legitimidad al ejercicio del gobierno, que limiten el poder militar, que permitan contrabalancear el poder del Ejecutivo.

Egipto es un enigma que se juega a la sombra de las pirámides entre las posibilidades de una transición democrática, el desorden generalizado o la represión militar. No es casual que este país se vea sometido a una convulsión política casi permanente, en la cual el piso político del Gobierno tenga un carácter arenoso y la construcción de apoyos sea poco menos que una marcha en el desierto. No es casual que el gobierno de Morsi y de los Hermanos Musulmanes fuese depuesto luego de importantes jornadas de protesta. No lo es menos que los militares marquen la agenda política del país de los faraones. El país se mueve en un círculo vicioso en el cual los militares toman el poder, convocan elecciones, el gobierno civil es depuesto y se reinicia el ciclo. En Egipto reina la incertidumbre. La primavera ha adquirido un tono invernal.

*Director de la Escuela de Comunicación Social de la UCV.